

Novela

Scott Fitzgerald como personaje



Budd Schulberg
El desencantado
Traducción de J. Martín Lloret

ACANTILADO
629 PÁGINAS
24 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Leída hoy, más de medio siglo después de haber aparecido en Estados Unidos —la edición original es de 1960—, *El desencantado* produce un efecto contradictorio. Tiene el mérito de haber sobrevivido hasta ser considerado un pequeño clásico de la literatura norteamericana. ¿Quién es su autor, Budd Schulberg, nacido en Nueva York en 1914? Los cinéfilos lo saben perfectamente. Hijo de un directivo de la Paramount, es un producto del viejo Hollywood cuyas virtudes y miserias encarna. Guionista de tres películas legendarias como *La ley del silencio*, *Más dura será la caída* y *Un rostro en la multitud*, rodadas entre 1964 y 1967, su actitud ante el comité de la vergüenza presidido por el senador McCarthy no fue precisamente ejemplar. Schulberg conoció a Francis Scott Fitzgerald a fina-



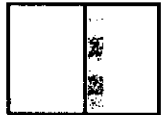
El escritor Francis Scott Fitzgerald con su mujer Zelda y su hija Scottie en diciembre de 1926

AP

les de los años treinta, cuando Scott, ya convertido en ruina humana, trató de afrontar sus numerosas deudas a través del cine y el por entonces joven guionista colaboró con él en la fallida aventura de aprovechar la última oportunidad de su vida.

Este es el origen de *El desencantado*, novela autobiográfica en la que Budd Schulberg cuenta la relación en 1939 del guionista novel *Sherp Stearns*, trasunto literario del autor, y *Manley Hallyday* (Scott Fitzgerald), vieja gloria literaria de los veinte. En un viaje invernal al noroeste donde se filman los exteriores de una película sobre una competición universitaria de esquí en cuyo guión embrionario trabajan, Manley Hallyday, ingenuamente estimulado por un eufórico Stearns, rompe su dieta de alcohol y entre regresos de la memoria a la inconsciente felicidad del pasado cae en la repugnante sordidez de su infierno actual que lo llevará, tras ser expulsado del rodaje por el productor, al desenlace final. Los hechos reales no se dieron exactamente así: de regreso a Hollywood Scott fue condenado al ostracismo en tanto que el estudio absolvió a Schulberg.

En 1960 hacía apenas diez años de la muerte de Scott Fitzgerald (diciembre de



1940) y el libro de Schulberg coincidió en el mercado con otro de Arthur Mizener, *El lado lejano del paraíso*, en que también trataba sin conmiseración la vida disipada del infortunado autor de Saint Paul, símbolo de las maravillas y las vacuidades de la América anterior a la crisis de 1929. Entretanto Hemingway se las arreglaba, y muy bien por cierto, para arremeter contra las debilidades de la obra de su viejo amigo y antiguo protector. Vale la pena recordar los dos capítulos que dedica a los defectos humanos de Scott en su libro póstumo, *París era una fiesta*, más bien mezquinos. Sin embargo, cuando aparecieron los libros de Schulberg y Mizener, un Hemingway absurdamente enojado, de repente justiciero, los calificó de basura. Sin duda que Hemingway, con su habitual egoísmo, autocomplacencia y desmesura, una vez más se pasaba de la raya.

Desquiciado Hollywood

Schulberg admiraba de veras a Scott, lo mismo que su personaje, Sherp Stearns, confiesa idolatrar a Manley Hallyday incluso después de que con sus irritantes borracheras le hiciera perder la paciencia. En 1950 Scott todavía no había sido recuperado por la imaginaria literaria del siglo XX como el genio de una época en el fondo patética, que a toda costa apostaba por la trivialización de los comportamientos sociales como si ninguna otra catástrofe pudiera descabezar los volubles ideales de una generación decidida a no tomar en cuenta las lecciones de la historia. La novela de Schulberg es un homenaje a Scott y a esa generación en la que los jóvenes de los treinta deseaban inútilmente verse reflejados. En tanto que personaje literario Scott resultaba de lo más seductor, sobre todo si se había conocido de cerca. Pero también es cierto que desde una perspectiva moral la excelente recreación de Schulberg, aún admitiendo sus buenas intenciones —contribuyó al posterior rescate de Scott—, suscita recelos. Al fin y al cabo lo que resalta es la miseria de un hombre de talento cautivo de la indefensión, su perenne inmadurez, su vana rebeldía y su empeñamiento en autodestruirse convencido de ser el sobreviviente de un tiempo artificioso que sembró su territorio de cadáveres y que él supo ver y explicar como nadie, con destellos de lucidez condensados en frases como ésta: "En América nada conduce tanto al fracaso como el éxito".

Al margen de los reparos éticos, ¿es *El desencantado* una buena novela? Por supuesto que lo es. Pienso que merece que hoy la leamos por su frescura y elegancia expresiva y, si fuera posible, recurriendo a un difícil ejercicio de amnesia para olvidar que los personajes y sus ruinosas aventuras han sido extraídos de la realidad. Lo digo porque el libro de Schulberg no sólo pinta el mundo desquiciado de Hollywood con los colores adecuados a sus notorios estercoleros y fantasmales caricaturas, sino que borda la fragilidad de los oropeles literarios, traduce el sabor amargo de los fracasos sin remisión y ofrece la estampa en blanco y negro de una América que un día, hace ya mucho tiempo, dejó para siempre de soñar auténticos sueños. Scott Fitzgerald fue el último escritor en creer en ellos, resistiéndose a acatar los imperativos del realismo a secas. Y por ello, en definitiva, consiguió sobreponerse a su condición de residual, objeto de desdenes y humillaciones, y ser mítificado. ¿Intuyó Schulberg que eso podía ocurrir? Tal vez. Porque la verdad es que su novela transpira no compasión pero sí afecto probablemente sincero por el personaje que la hizo posible. |